

## UN TESTIGO DE BRONCE,

### LEYENDA TRADICIONAL.

#### PRIMERA PARTE.

#### CAPITULO PRIMERO.

DE CÓMO UN NOBLE MANCEBO, ACOSADO POR UNA PESADILLA, SE DESPERTÓ UNA MAÑANA, BENDIJO A DIOS Y RECIBIÓ UNA CARTA; CUYAS TRES COSAS DAN CONVENIENTE PRINCIPIO A LA PRESENTE LEYENDA.

Un claro sol de junio en el oriente  
Comenzaba su curso una mañana,  
Serenos y esplendentes  
El azul del zenit tornando en grana.  
Fecundidad lozana  
Ostentaba dó quier naturaleza  
Con la verdura que cubria el prado,  
Y con la amarillez que á la corteza  
Daba del fruto aun no sazonado,  
Y á la espiga del trigo en el sembrado.  
A los rayos del sol despertadores  
Empezaban los sueltos jilguerillos,  
Los mirlos y los pardos ruiseñores  
A elevar escondidos en las ramas  
Su armoniosa voz : y entre las flores  
Empezaban mil varios insectillos  
A estender sus alitas de colores.  
Naturaleza, en fin, rica y fecunda  
Derramaba dó quiera  
Los preciosos tesoros de que inunda  
La terrestre mansion la primavera,  
Que huia ya con rápida carrera.  
En medio de este inmenso panorama  
De belleza, de luz y de armonia  
Que el nuevo sol á iluminar salia,  
Y que mundo se llama,  
Uno de los mil puntos alumbrados  
Es el punto no mas que en este dia,  
Por los hechos en ella relatados,

Necesita marcar la historia mia.  
Corte entonces severa  
De Felipe segundo,  
Digna Valladolid entonces era  
Del católico rey dueño del mundo.  
La gala y la nobleza,  
La virtud y riqueza,  
Y la fé de la gente castellana  
Encerraba en su seno  
Su ancho recinto, que la corte lleno  
Tenia con su sólida grandeza.  
Sólida, si, porque Castilla ufana  
Podia ver entonces su bandera  
Por mil apartadísimos lugares  
Tremolar altanera,  
Respetada en las tierras y en los mares.  
Es verdad que se usaban por entonces,  
Y aun andaban en voga  
Con los autos de fé y el santo oficio  
Las hogueras, los tajos y la soga;  
Mas tambien es verdad que astuto el vicio  
Burlaba su poder, oculto asilo  
En las casas recónditas hallando,  
Y adorado y tranquilo  
Seguia como siempre prosperando  
Y en el mundo reinando :  
Pero con la ventaja no pequeña  
De que al creyente que en virtud vivia  
La torpe desnudez no le ofendia,  
Con que hoy el vicio sin pudor se enseña.  
Mas volvamos al dia y á la hora  
En que Valladolid del sueño alzaba  
La frente, y con la luz de nueva aurora  
Al afan de la vida se tornaba.  
Y como cualquier hecho que se cuente  
Se debe de narrar lógicamente,  
Las partes de que conste no embrollando,  
Inútiles noticias segregando,  
De modo que el oyente

Lo entienda desde luego claramente;  
Dejaremos aparte  
Toda la poblacion, que no hace al arte  
De nuestra narracion : y en la persona  
Que toma en ella la primera parte  
Desde momento tal nos fijaremos  
Y la historia de vez comenzaremos.

De una casa, con humos de palacio,  
En la ancha calle de Santiago sita,  
De un rico camarín en el espacio  
Y en un lecho blandísimo se agita  
En brazos de penoso horrible sueño  
El noble mozo de la casa dueño.  
La ropa descompuesta  
Tiene á los brazos enrollada y cuello,  
Su agitacion mostrando la funesta  
Razon oculta de ello.  
El no usado desórden del cabello,  
El sudor que le inunda la ancha frente,  
Los agitados labios que pronuncian  
Frasas sin ilacion, confusamente,  
Que su espíritu acosa fieramente  
Pesadilla tenaz bien claro anuncian.  
Y aunque á pintar de lo intimo de un sueño  
Las quimeras fantásticas renuncian  
Poetas y cuentistas comunmente,  
Las que en este bullian tengo empeño  
En estender sombría y vagamente  
Cual estendiendo se iban en su mente  
Las truncadas palabras anudando,  
Que el gallardo mancebo que soñaba  
Imaginaba con su afan luchando  
Que su pesada lengua pronunciaba.  
Acerquémonos, pues, hasta su lecho  
Y oigamos lo que dice y lo que pasa  
Con su imaginacion y allá en su pecho.

« ¿ Qué es esto ? de vapores la atmósfera  
cargada [redor  
« Sobre mi frente pesa : ¡ la siento en der-  
« En raudos torbellinos rodar arrebatada  
« Prensándome las sienes con infernal dolor !  
« ¿ Qué es esto ? ¿ delirio ? ¿ qué espíritu  
horrendo  
« Suspenso en los aires me eleva tras sí ?  
« Mi estrecha garganta se va comprimiendo,  
« No veo, no siento, no aliento... ¡ ay de mí !  
« ¿ Esto es que el fin de mi existencia toco ?  
« ¿ Esto es sin duda que se muere así  
« La última idea en el cerebro loco  
« Girando en espiral que espira en sí ?  
« Esto es ¡ ay ! que arrojado en el viento  
« A su nada el espíritu va,  
« Y anudado en el último aliento  
« Nuestro cuerpo arrebatado quizá.  
« Sin duda, eso es : y yo espiro  
« Rodando en el aire, á la par  
« Lanzando el extremo suspiro

« Lanzado sin fin á rodar.  
« Sí, voy rodando en el viento,  
« Condenado hasta espirar  
« Tan horrible movimiento  
« A seguir y á no parar.  
« Y en giro interminable  
« Rodando sin piedad,  
« Caeré en la interminable  
« Sombria eternidad.  
« Se irá enrareciendo  
« El aire tal vez,  
« Y yo iré cayendo  
« Con mas rapidez.  
« Cual hoja suelta  
« Que lleva el viento  
« A cada vuelta  
« Voy mas violento ;  
« Casi no siento  
« Como las doy ;  
« Ciego, desmayo :  
« Ya como el rayo  
« Rápido voy.  
« Ya no siento  
« Como giro ;  
« Ya no hay viento  
« En mi redor.  
« No respiro,  
« Veo que espiro,  
« Ya es mi aliento  
« Vago, lento,  
« Violento  
« Como último  
« Estertor.  
« Ya ruedo  
« Sin tino :  
« Ni puedo  
« Camino  
« Buscar,  
« Ni sé  
« Si acaso  
« Podré  
« Mi paso  
« Parar.  
« Ya vago  
« Perdido :  
« Su lago  
« El olvido  
« Me estiende  
« Al pié.  
« Y en vano  
« Me afano ;  
« No hay tino,  
« Ni hay mano  
« Que ayuda  
« Me dé.  
« ¡ Sin duda  
« Caeré !  
« Lo creo...

« Lo sé.  
« Lo veo...  
« ¡ Mi sino  
« Tal fué!  
« Cierto,  
« Sí;  
« Yerto  
« Voy;  
« Cai.  
« ¡ Muerto  
« Soy!  
« Nada  
« Hay  
« Aquí.  
« ¡ Ay!  
« Fui. »

Aquí con un esfuerzo repentino,  
Hijo de la afanosa agitacion,  
Con que tal pesadilla le oprimia  
Espanta o el mancebo despertó.  
De el camarín por el recinto oscuro  
Tendió los ojos trémulo, el horror  
Del sueño desechar aun no pudiendo  
Ni apartar la verdad de la ficcion.  
Consigo mismo hablando, y con sus manos  
Reconociendo el lecho en derredor :  
« ¡ Jesus ! ¿ qué es esto ? ¿ donde estoy, Dios  
mio ?

¿ Qué vértigo letal me trastornó ?  
Mi fatigado cuerpo aun tembloroso  
Bañado siento de mortal sudor.  
Impetuoso y rugiente torbellino  
Crei en verdad que me arrastraba en pos  
Por el vacío rápido girando  
Cual átomo que arrastra el aquilón.  
Hirviente mar de cenagosas ondas  
Me esperaba al caer; denso vapor  
Me quitaba el aliento y los sentidos...  
Dí al fin en aquel mar y me sorbió.  
La bóveda ondulante de sus aguas  
Cerróse sobre mí con lento són,  
Y en su bullente inmensidad oscura  
La negra eternidad comprendí yo.  
Pero soñaba, si; tocan mis manos  
Mi lecho... sueño fué, ¡ gracias á Dios!  
Era una fatigosa pesadilla  
De una noche de estío, y ya pasó.  
¿ Qué hora será ? por las maderas creo  
Que percibo del alba el resplandor.  
La luz despejará mi fantasia,  
La luz serenará mi corazón. »  
Esto pensando se envolvió en su bata,  
Y en silencio al balcon se dirigió,  
De donde viendo la ciudad y el campo  
A la primera luz del nuevo sol,  
Amanecer y comenzar el día  
Embebido y absorto contempló.

Y á fé que es espectáculo halagüeño  
La tierra ver con el primer albor  
Y luminarse y despertar, creciendo  
De nueva vida el movimiento y són.  
¡ Y cuán bello es el día que amanece,  
Y que contempla libre del pavor  
De su ensueño fatídico el mancebo,  
Sonriendo á su plácida impresion!

Ve  
Que  
Ya  
Lento  
Soplo  
Blando,  
Dando  
Va.  
Parda  
Nube  
Tarda  
Sube :  
Tinta  
Roja  
Pinta  
Y da  
Al cielo  
Fulgur  
Y al suelo  
Color.  
La niebla  
Que puebla  
La hueca  
Region  
Se trueca  
Ahogada  
En lumbre  
Rosada,  
Que dora  
La cumbre  
Del verde  
Peñon.  
La brisa.  
Sonora  
Se pierde  
Indecisa  
Y suave  
Su són  
Al ave  
Levanta,  
Que canta  
Canora  
La aurora,  
Que estensa  
Colora  
La inmensa  
Creacion.  
Amanece :  
La luz vaga

Segun crece  
Desvanece  
Los alientos  
De vapor  
Que la noche  
Que ha pasado  
Ha dejado  
En derredor.  
La tierra entera  
Saluda al día  
Con la hechicera  
Grande armonía,  
Que en diferentes  
Puros acentos  
A su arrebol,  
Alzan contentos  
Arboles, fuentes,  
Aves y vientos  
Alborzados  
Con los dorados  
Rayos nacientes  
Del nuevo sol.  
Ya entero su disco  
Se ve en el espacio :  
El valle y el risco,  
La choza, el palacio,  
La corte, el aprisco  
Baño su esplendor.  
Y ardiente cruzando  
La reja entreabierta,  
Y al hombre llegando  
Le dice : « Despierta,  
Bendice al Señor. »  
Por rejas, miradores,  
Postigos y terreros,  
Sus mil respiraderos  
Franquea la ciudad.  
Ya parten los obreros,  
Ya van los labradores  
Y bajan los pastores  
Al llano, y los oteros  
Dó tienen sus labores  
O el pasto mas feraz.  
Ya por las abiertas rejas  
Dó quier se ve á las mugeres  
Sus domésticos quehaceres  
Oficiosas emprender;  
Y aumenta el ruido, y se escucha  
De los hombres el acento,  
Y se estiende el movimiento  
De la vida por dó quier.  
Reflejan al sol los tejados  
De fresco rocío mojados;  
Inunda las calles la luz :  
Caballos y carros que cruzan  
Por entre la gran multitud  
El polvo al pasar desmenuzan  
Doblando el rumor é inquietud.

Ya se vuelve el martillo y la sierra  
Y la voz del que vende á escuchar,  
Y otra vez desvelada la tierra  
El silencio y la calma destierra  
Y otro día comienza á pasar.  
Ya en luz el universo resplandece;  
La noche entre sus nieblas arrastró  
Los sueños con que el alma desvanece,  
Y la sangre en las venas enardece,  
Y el aliento sofoca, y entumece  
Los miembros del que insomne se agitó.  
Las vanas quimeras del sueño la mente  
Del jóven delante del día lanzó,  
Y libre y sereno su espíritu siente  
Que calma tranquila le dió nuevamente,  
Y nueva existencia la luz le inspiró.  
Entonces rebotando su pecho en alegría,  
Inspiracion cristiana llevando su alma en pos  
Las auras aspirando del sol del nuevo día,  
Los ojos elevando al que su luz envía,  
Así exclamó de hinojos ante la luz de Dios :  
« Señor, yo te conozco : tu omnipotencia creo :  
« Lo mismo en las tinieblas centellar te veo  
« Que al estender el alba su espléndido ar-  
rebol.  
« Tu faz ante mis ojos dó quiera resplandece :  
« Señor, yo te bendigo cuando la noche crece!  
« Señor, yo te bendigo cuando amanece el sol. »

Y arrebatado así por la influencia  
De nuestra santa religion cristiana,  
Bendecia al Señor su inteligencia,  
Rezando su oracion de la mañana.  
Que entonces los gallardos caballeros,  
Aunque dados á juegos y amorios,  
Y llevando á la cinta los aceros,  
Y empeñados en locos desafios  
Del siglo en que vivian á costumbre,  
Sabian mantener de igual manera  
Las modas de la vana muchedumbre  
Y la fé de sus padres verdadera.  
Entonces, aunque habia  
Protestantes y herejes  
Que amenazaban desquiciar un día  
La religion de sus seguros ojos  
Por conviccion ó por iluso vicio,  
Cada cual en su fé se mantenía,  
No desdeñando de ella el ejercicio;  
Los ritos de su fé firme siguiendo;  
Por su creencia con valor muriendo.  
Así fueron los nobles castellanos  
De nuestra edad pasada,  
Y, aunque en sangre tal vez tintas sus manos,  
Por su Dios y su rey desenvainada  
Cifieron siempre con honor la espada;  
Y en el campo á la par como en el templo  
De piedad y valor fueron ejemplo.  
Uno de ellos y tal el jóven era

Actor primero que á la escena sale  
 En esta nuestra historia verdadera,  
 (Que salva su verdad bien poco vale).  
 Sangre corre de Vargas y de Osorios  
 Por sus venas, y heróicas acciones  
 Le dan mas precio aún que sus blasones,  
 Aunque merecimientos bien notorios  
 Los hicieron ganar á sus pasados  
 De alta virtud y de valor dechados.  
 Tal era, y á empezar se disponia  
 De su persona el especial aseo,  
 Para asistir en hora conveniente  
 A decoroso empleo  
 Que en la corte asistia,  
 Cuando en su cuarto entrando de repente  
 El page que inmediato le servia,  
 Puso en sus manos blasonado pliego  
 Que segun en su sobre prevenia  
 Debía ser obedecido luego.  
 Abríde pues, y visto el contenido,  
 A su page mandó que le vistiera  
 Y que á salir con él se dispusiera :  
 Porque su tío Don Miguel de Osorio,  
 Alcalde por el rey de casa y corte,  
 A las nueve le cita á su juzgado,  
 Y caso debe ser muy perentorio,  
 Y mucho es fuerza que á su honor importe  
 Cuando con prisa tanta es de él llamado.  
 Con que asiendo su acero,  
 Requiriendo la capa y el sombrero  
 Para cualquiera trance apercebido,  
 De su page seguido,  
 Salió de su palacio el caballero.

## CAPITULO II.

DE LAS AMISTADES QUE SE HICIERON EN CASA  
 DEL ALCALDE DON MIGUEL DE OSORIO.

Es Don Miguel de Osorio un juez muy  
 Con puntas de altanero, [grave,  
 Preciado de que sabe  
 Interpretar la ley como el primero.  
 Juez de grande experiencia  
 Y en verdad profundísimo letrado:  
 A la jurisprudencia  
 Con el alma entregado,  
 Y de su profesion enamorado.  
 Juez íntegro y severo,  
 Respetado dó quier, dó quier temido  
 Por todo el pueblo entero  
 En quien jurisdiccion le han concedido.  
 La inquisicion y el rey en su destreza  
 Y en su severidad del todo fian  
 La paz de la ciudad; y no hay cabeza  
 De enemigo, ladron, vago ú hereje  
 Que un día ú otro día entre sus manos  
 De verse al cabo asegurado deje.

Sutiles comisiones,  
 Misteriosas prisiones  
 Y políticas causas concluidas  
 Con suma discrecion tiene á montones  
 Y sabe él solamente mas secretos,  
 A mas ajenas vidas  
 Confesadas á él, ó sorprendidas  
 Por él, que los mas anchos y discretos  
 Confesores tal vez tienen oidas.  
 Mil veces él en árduas ocasiones  
 Se encargó voluntario  
 De causas muy oscuras y enredadas,  
 Al fin abandonadas  
 Por otros sapientísimos varones,  
 Porque contra razon fueran falladas  
 Con sentencias á ley bien ajustadas.  
 Pues suele haber culpables  
 Tan diestros, y tan diestros escribanos,  
 Que habiendo pruebas casi incontestables  
 Que les ponen los erimenes palpables  
 No pueden ser ante á ley probadas,  
 Y los reos se van de entre las manos  
 Contra razon sus causas despachadas,  
 Aunque segun los códigos humanos.  
 Mas Don Miguel de Osorio en todas ellas  
 Con prodigioso estudio y perspicacia  
 Del misterioso crimen fué las huellas  
 Siguiendo, y dando al fin con eficacia  
 Cabo feliz á la verdad oculta,  
 Justicia y proteccion al inocente  
 Y castigo ejemplar al delincuente.  
 Tal es el juez ante quien es llamado  
 El gallardo mancebo, su sobrino,  
 Que hemos visto dejar apresurado  
 Su casa, enderezando su camino  
 De su tío al juzgado.  
 No se hizo esperar mucho el noble mozo,  
 Y apartando el sombrero y el embozo,  
 Entrando en el despacho del letrado,  
 La espresion franca de respeto y gozo  
 Que á su faz asomó, cambiósse en ceño  
 Otro mancebo al encontrar sentado  
 Allí con beneplácito del dueño.  
 Púsose en pié el hallado  
 Por honra del venido,  
 Pero si fué el saludo recibido  
 Por Osorio tal vez, no fué acusado.  
 Y era sin duda comprendido juego,  
 Porque el que tal desaire recibiera,  
 Aunque mostró en su faz de la ira el fuego  
 Ni un movimiento mas hizo siquiera :  
 Y claro se veia  
 Que ninguno de entrambos se estrañaba  
 De lo que él otro hacia,  
 Y que un misterio entre los dos habia.  
 Todo esto advirtió el juez en el moment  
 Y atajando la voz de su sobrino  
 Que iba á brotar del labio,

La puerta aseguró del aposento.  
 Y volviendo á tomar en su poltrona  
 Arrellanado asiento,  
 Y la toga que envuelve su persona  
 Sobre sí acomodando,  
 Con sosegada voz, mas no severa,  
 A decir comenzó de esta manera :  
 « Presumo, y lo concibo, caballeros,  
 Que os es estraña semejante cita,  
 Y que en mi casa el reunido haberos  
 Explicacion para ambos necesita  
 Despues de lo que entrambos ha pasado,  
 Y os lo voy á esplicar por de contado.  
 Antiguas y arraigadas disensiones  
 En vuestras dos familias heredadas,  
 Han tenido hasta aqui las relaciones  
 De vuestras dos familias mal paradas.  
 Nuestros pasados reyes  
 No se atrevieron á mediar en ellas,  
 De la nobleza atentos á las leyes  
 Que hasta aquí permitieron á los nobles  
 Arreglar á su antojo sus querellas,  
 O hacer su agravio y sus enojos dobles.  
 Nuestros padres nacieron  
 Enemigos : se odiaron  
 Por tradicion no mas, y se injuriaron  
 Tenaces, y sin juicio se batieron  
 Dó quier que se encontraron.  
 Unos á manos de otros sucumbieron,  
 Y el profundo rencor con que nacieron  
 A sus hijos legaron.  
 De vuestras razas, ya ramas postreras  
 Nosotros tres, tambien hemos guardado  
 La sinrazon y enemistad enteras.  
 Con el maldito objeto  
 De sostener nuestro rencor secreto,  
 Nuestros padres tan solo se empeñaban  
 En adiestrarnos en reñir : ponian  
 Armas en vuestras manos desde niños ;  
 Y al cabo conseguian  
 Hacer de sus presentes sucesores  
 Lo que de ellos sus muertos ascendientes,  
 Unos espadachines imprudentes  
 Para quien fuese hallar competidores  
 Casi imposible entre los mas valientes.  
 Tal en mi juventud yo mismo he sido,  
 Y tal sois hoy vosotros  
 Que dó hallado os habeis habeis reñido,  
 Y si vivís se lo debeis á otros.  
 Mas cansado ya el rey de que esto dure  
 Tantas generaciones,  
 Ordena que se apure  
 El manantial de tales disensiones.  
 Su majestad se mete por padrino  
 Vuestro, señor Don Juan, y su derecho  
 Sobre vos, recordando porque os tuvo  
 En la pila al nacer, y que no dudo  
 Que respeteis, os da por satisfecho :

Y yo por satisfecho á mi sobrino  
 Dando á la par, su majestad unidos  
 Quiere que hoy á sus piés seais conducidos.  
 Quiere que la ciudad juntos os vea,  
 Y pues nacisteis nobles verdaderos  
 Y sois en lo demas tan caballeros,  
 Por vosotros su pueblo nunca crea  
 Que un odio tan villano capaz sea  
 Dos nobles de cambiar en bandoleros,  
 Siempre puestos en trance de pelea.  
 La majestad del rey así lo exige,  
 La poblacion entera lo desea,  
 Y á mí con él su majestad me elige,  
 Mediador y padrino  
 Competente entre vos y mi sobrino.  
 Ved, pues, señores, lo que haceis, y el lustre  
 Recordad del blason de nuestra casa,  
 Pues si adelante vuestro enojo pasa  
 Y haceis así que el gusto real se frustre,  
 El rey ha de tomarlo tan á pecho  
 Que os habrá de pesar lo que habeis hecho.»  
 Así habló el juez, y se quedó esperando  
 De alguno de los dos una respuesta  
 Que su intencion pusiera manifiesta,  
 Y ellos unos momentos meditando.  
 Al fin el jóven Don German de Osorio,  
 Dejando su sillón franco y atento,  
 Tornando á su enemigo, con notorio  
 Placer le dijo y amistoso acento :  
 « Contrarios nuestros padres nos hicieron :  
 Vivimos hasta aquí como enemigos  
 Porque así sus enojos lo quisieron,  
 Mas ya que media el rey y ellos murieron,  
 Pongo á mi honor y al cielo por testigos  
 De que depongo aquí mi encono insano ;  
 Mi valor conoceis y mi hidalguia ;  
 Si á vos no os está mal, por parte mia,  
 Caballero Don Juan, he aquí mi mano. »  
 El mancebo á quien iba dirigida  
 Tan generosa oferta, un punto breve  
 Quedar ante él la permitió estendida,  
 Como quien á admitirla no se atreve  
 O duda si ser debe ó no admitida.  
 Túvolo Osorio quieta el mismo punto,  
 Aunque al ver que en tomarla se dudaba  
 Cuando él con tal franqueza la alargaba,  
 Pálido se quedó como un difunto ;  
 Pensando que otra vez al recogerla  
 En la espada a mas puede ponerla.  
 Mas Don Juan antes de ello  
 La suya adelantó, é hidalgamente  
 Aceptó la amistad de que era prenda.  
 Y el juez, de entrambos mozos exigiendo  
 Palabra de cesar en su contienda,  
 Despidióles á entrambos, prometiendo  
 Que en muestra del agrado soberano  
 Admitidos serian aquel dia  
 En su presencia y á besar su mano.

Y así fué : y el prudente Don Felipe,  
Al medio día, ante la corte entera  
Mostró su complacencia á los mancebos,  
Y un tanto suavizó su faz severa  
Al dar un paraben público y franco  
A los amigos nuevos.  
Juntos salieron de palacio, y juntos  
Mostráronse los dos en varios puntos  
De la ciudad, el blanco  
Dó quiera siendo de los ojos todos,  
Recibiendo dó quier enhorabuena  
Por el dichoso fin de tantas penas,  
De tan vanos rencores dimanadas  
Tan largos años á rigor llevadas,  
Y de gente tan noble tan ajenas.  
En amistosa union así anduvieron  
Ambos durante la jornada entera :  
Y juntos á un festin se reunieron  
Celebrando la paz de esta manera.  
La noche que estendía  
Su manto de tinieblas por el mundo  
Les dividió, espontáneo y profundo  
Sentimiento mostrando de alegría  
Por la nueva amistad que les unía.  
Con lo cual fué Don German de Osorio  
A la casa del juez donde asistía  
Las horas de la noche, y una dama  
A visitar Don Juan á quien servía.  
Mas con el juez á Don German dejemos,  
Caro lector, y tras el otro vamos;  
Y cuán inestables son comprenderemos  
Las cosas de la tierra que habitamos  
Y el corazon del hombre en quien fiamos.

## CAPITULO III.

Alrededor de la Antigua (1)  
Y en una calleja angosta  
De las que á dar al Esgueva  
Van, y con puentes le cortan,  
En una casa que esquina  
Hace á dos callejas corvas,  
Una hácia la Plaza Vieja  
Y hácia las Angustias otra,  
Vivia en aquellos tiempos  
La hermosura peligrosa  
De una morena de veinte,  
Dándola una tia sombra.  
Nació esta red de las almas  
En las quebradas de Ronda,  
De una pasion y una sangre  
Mixtas de cristiana y mora.  
Un capitán mal cristiano  
Y una esclava de Mahoma  
Cautiva del capitán,

(1) Nuestra señora la Antigua se llama una de las parroquias que tiene Valladolid.

La dieron sér sí no honra.  
Y viendo cual fué con ella  
La naturaleza pródiga,  
Pusiéronla y con justicia  
El bello nombre de Aurora.  
Aurora fué de las gracias,  
Que á porfia unas tras otras  
Mostraba segun crecia  
En su gallarda persona.  
Esbelta como una palma,  
Ligera como una corza,  
Flexible como una espiga  
Que el mas leve viento dobla,  
Con dos ojos que á los astros  
Con su resplandor enojan;  
Con una voz mas que el aura  
Simpática y armoniosa,  
Y con una alma mas pérfida,  
Mas temible y mas traidora  
Que los escollos ocultos  
De la mar bajo las ondas;  
Era la astuta rondeña  
De cuantos mirarla logran  
Iman de los corazones  
Y corsario de las bolsas.  
Dejóla su padre, muerto  
En un desafío en Loja,  
Con unos cuantos doblones  
Una haciendilla bien corta.  
Usurpósela un su primo,  
Y ella á ver si la recobra  
Vino á la corte, entre tanto,  
Viendo si heredar puede otra.  
Mas tan diestra como bella,  
Y como hechicera hipócrita,  
Ganar se ha sabido fama  
De discreta y virtuosa;  
Y si sale es solo á misa,  
Y embozada y jamás sola;  
Si la visitan son siempre  
Damas que crédito gozan;  
Si la festejan galanes  
Con músicas y con rondas,  
Si billetes la dirigen,  
O la siguen, ó la abordan  
En la calle, ó en las gradas  
Al salir de la parroquia,  
Ella ni el velo levanta,  
Ni lee un papel, ni se asoma  
A escuchar á la ventana  
Los cantares que la entonan.  
Su tia es quien los despacha  
Despues de veinte y cuatro horas,  
Y cuando de quien es él  
Con maña oculta se informa.  
Mas como han hecho una vida  
Tan recogida hasta ahora,  
Mas no han llegado á sus puertas

Que mozos de barba intonsa,  
Estudiantes, militares  
De larguísima tizona  
Y retorcido bigote,  
Muy amigos de camorras,  
Muy dados á francachelas  
Y fiestas estrepitosas;  
Todos de amor tan holgados  
Como encogidos de bolsa.  
Y esta escondida sirena,  
Esta bella Circe incógnita,  
Tan recatada del mundo,  
Es la dama misteriosa  
A quien visita Don Juan  
Y á quien Don Juan enamora,  
De la encapotada noche  
Con el favor de las sombras :  
Y lo que ha hecho el tal Don Juan  
Para hacerse con la hermosa  
Tan buen lugar, y adquirir  
Tales derechos, se ignora.  
Solo uno de los galanes  
Desairados, en la Lonja  
Dijo un día paseando  
Que vio á Don Juan á la hora  
De anocheecer con la tia  
Hablar largo rato á solas  
A un lado de la plazuela  
Dó su calle desemboca,  
Y que á otro día la vieja  
Compraba galas y joyas  
A su sobrina en las tiendas,  
Pagando en muy buenas onzas.  
El cómo nadie lo sabe,  
Lo cierto es que Don Juan goza  
De gran favor con la dama  
Y sus visitas no estorban.

Por eso en la noche misma  
Del día en que sus discordias  
Terminaron de una vez  
Osorio y él, y en la propia  
Ocasión en que en la casa  
Del juez y entre gente docta,  
Mantenia Don German  
Pláticas no muy sabrosas  
Para mozos de sus años,  
Mas que mantener le importa,  
Pues que las mas de las noches  
Acude allí aunque le enojan,  
Don Juan en el aposento  
Mismo de la encantadora  
Rondeña, á sus piés sentado,  
Escuchaba de su boca  
Dulces palabras de amor,  
Y respiraba el aroma  
Que de la flor de sus labios  
Al abrirles se evapora.

Aunque las que en este punto  
Cruzan, á fé que no forman  
Tan enamorada plática :  
Pues la de su amor acorta  
La relacion de sus odios  
Que en amistades se tornan.  
Mas sus palabras oigamos  
Pues lo permite la historia.

*Aurora.* ¿Y ese Osorio que dices  
Es sobrino del juez del mismo nombre?  
*D. Juan.* Sí, mas con ese ceño,  
*Aurora.* ¿de esa paz qué mal predices?  
*Aurora.* No lo sé, mi Don Juan; pero de  
ese hombre

Me temo, que te meta en mas empeño,  
Con la paz asentada,  
Que con la saña y division pasada.  
*D. Juan.* ¿Mas cuál es la razon de tus  
temores?

Dila si alguna tienes, que me holgara  
Conocer la intencion de esos traidores,  
¿Y vive Dios!...

*Aurora.* Don Juan, no así te azores.  
*D. Juan.* ¡Oh! donde al uno de los dos  
hallara...

*Aurora.* Escúchame primero.  
*D. Juan.* Le matara!

*Aurora.* Yo nada sé, Don Juan, de positivo,  
Mas la ocasión de mis sospechas oye,  
Y acaso en ellas mi razon apoye  
Sólido fundamento :  
Pues yo te amo, Don Juan, y por tí vivo,  
Y favores sin cuento,  
De tí en mi duelo y orfandad recibo,  
Te diré en lo que estriba  
El temor que sobrado  
Acaso manifiesta mi cuidado  
Porque el tuyo tambien despierto viva.

*D. Juan.* Acaba, en fin, por Dios.  
*Aurora.* Ese mancebo

Osorio con quien paces  
Tan repentinas haces  
Me vió en misa una vez, siguió mis huellas,  
Y al umbral de esta casa  
Vino á parar guiándose por ellas.  
Paseó la calle al pié de mis balcones  
Alguna noche, y en las altas horas  
Me hizo entonar canciones  
Y músicas, de amor acusadoras.  
Yo le iba á despedir por importuno,  
Cuando una noche en medio de su fiesta  
De su rondalla interrumpió la orquesta,  
Como cortada para azar alguno.  
Curiosa de entender lo que pasaba,  
Por el postigo me asomé entreabierto,  
Y vi que entre los músicos estaba  
Con sus rondas el juez, y á su sobrino

Del brazo se llevaba  
Y al oído le hablaba;  
Y desde aquella noche nunca vino.  
Uno de sus ronderos,  
Viejo criado de mi anciana tía,  
Nos dijo lo que el juez dicho le había.

*D. Juan.* Acaba, Aurora, ¡qué le dijo, acaba!

*Aurora.* Que la dama que así galanteaba  
Era la dama á quien Don Juan servía.  
Mi pleito desde entonces no prospera,  
Porque de Osorio el juez pasó á las manos,  
Donde anudando vuestra historia entera,  
Arguyo yo, Don Juan, de esta manera:  
Conocieron la dama  
Que su enemigo ama,  
Y encima de su rastro se pusieron:  
Los intereses de ella entorpecieron,  
Y al mismo tiempo que sus huellas siguen  
Y acechan, si no es ya que les persiguen,  
Por mediación del rey la paz pidieron.  
En mal, pues, de Don Juan ó de su dama  
Algun misterio entre los dos se trama.  
Ellos son dos en su familia, solo  
Quedas tú de la tuya, el tío tiene  
Gran favor con el rey, y del rey viene  
La mediación... me temo que es un dolo  
Que Don Miguel de Osorio te previene.

*D. Juan.* Ese fuera el azar hasta hoy más grave,

Pues ellos la amistad solicitaron.

*Aurora.* Mas si el caso pintaron  
De otro modo, ¿quién sabe?

Esto no es más que suponerlo todo,

Don Juan, mas de esta paz, os lo confieso,  
Me estraña mucho la ocasión y el modo.

Y de este fué calculando,  
Y trayendo á la memoria  
Mil apariencias contrarias  
La andaluza previsora:  
Y deste modo Don Juan  
En su ánima recelosa  
Empezó á sentir que entraba  
Lenta la sospecha y sorda.  
Vió que de casa del tío  
Hasta la de la que adora  
Solo median pocas calles  
Y esas además muy cortas.  
Vió que el pleito de la chica  
Ventajosa faz no toma  
En el despacho de Osorio,  
Y poco á poco fué torva  
La faz mostrando Don Juan:  
La voz espiró en su boca  
Poco á poco, y vese, en fin,  
Que mil quimeras que abortan  
De su dudoso cerebro

En su corazón se agolpan,  
De los sucesos pasados  
Despertando las memorias.  
Y en semejantes ideas  
Su alma embebida y absorta,  
A media noche Don Juan  
Dejó á la Circe de Ronda,  
A pasos lentos cruzando  
Por las callejuelas lóbregas  
Que rodean de la Antigua  
La solitaria parroquia.

## SEGUNDA PARTE.

La lobreguez de la noche  
Tiene ya con sus tinieblas  
Aquella ciudad dormida  
Por todas partes envuelta.  
Del manto azul de los cielos  
Ni un giron percibir dejan  
Los vapores que interpuestos  
Brotan entre él y la tierra:  
Y el murmullo de la vida  
Apagado por dó quiera,  
Todo es calma y todo sombra,  
Todo calla, y se ve apenas  
Algun farol espirante  
Que ante alguna imagen cuelga,  
Y el rumor solo se escucha  
De las aguas del Esgueva,  
Que cruzan por la ciudad  
Con débil corriente lenta  
Por entre los guijos ásperos  
Que entorpecen su carrera.  
Solo en una de las muchas  
Curvas que á trazar le fuerzan  
Los edificios que le abren  
Paso, con la luz siniestra  
De un farol que ante una imagen  
Suspendido reverbera,  
Se ve un trozo de una calle  
Y el río que la atraviesa.  
Un puentecillo de un ojo  
Reune dos callejuelas  
Que vuelven á dividirse  
En cuanto de él se libertan.  
La una, solitaria, lóbrega,  
Mal empedrada y estrecha,  
La parroquia de la Antigua  
Casi en su mitad rodea.  
Sobre el agua al otro lado  
De otra parte de la iglesia,  
Y en el muro que hace cara  
Al río y la calle á medias,  
Hay en un nicho una efigie  
Del Crucificado puesta

Dentro de un escaparate,  
Que entre cristales se cierra;  
Y allí es donde está el farol  
Que sobre el agua refleja,  
Un círculo de luz parda  
Trazando con su luz trémula.  
Y allí es donde á largos pasos  
En aquella noche mesma,  
Llegando dos embozados  
Con diabólica fiereza  
Se trabaron á estocadas  
En sacrilega contienda:  
Y á la luz de aquel farol  
Que avisa allí la presencia  
Del Hacedor de la vida  
Contra las suyas atentan.  
Nadie despertando al ruido  
De sus cuchilladas recias  
Abrió su ventana, nadie  
Dando á deshora la vuelta  
De galanteo ó tertulia  
Llegó al lugar de la escena,  
Y no hubo tampoco ronda  
Que á dividirles viniera.  
Ellos por espacio largo  
Continuaron su pelea  
Con tenacidad furiosa  
Y profana irreverencia.  
Al fin se oyó de uno de ellos  
La voz que dijo con fuerza:  
« ¡Déjale, déjale! » y luego  
La del otro que exclamaba.  
« ¡ Ah traidor, maldito seas! »  
A estos dos gritos, que oídos  
Sobre el rumor del Esgueva,  
Fueron desde el lecho por  
El llavero de la iglesia,  
Se abrieron de una ventana  
Las encajadas maderas,  
Y mirando á todas partes  
Apareció por entre ellas  
Cubierta de un gorro blanco  
De aquel hombre la cabeza.  
Mas nada debió de ver,  
Puesto que á cerrar volviéndolas,  
Quedó otra vez en silencio  
La calle, el río y la iglesia.

## CAPITULO IV.

FOR EL QUE COMPRENDERA QUIEN ATENTO  
LEYERE QUE AQUEL POLVO TRAE ESTE LODO.

Iba Don Miguel de Osorio  
En la mañana siguiente  
Para empezar sus tareas  
A sentarse á su bufete,  
Cuando entrándose el portero  
Del juzgado de repente,

Dijo: « Perdonad, señor,  
Que así atrevido penetre  
Sin órden en vuestro cuarto;  
Pero el caso es muy urgente. »

*El Juez.* ¿Qué hay, pues?

*El Portero.* Un pesar muy grave.

*El Juez.* ¡Hablad en fin! ¿qué acontece?  
¿Qué es ello?

*El Portero.* Traen el cadáver  
De un hombre, y según parece  
Murió en la calle esta noche  
Asesinado vilmente.

*El Juez.* ¿Han cogido al asesino?

*El Portero.* No, señor.

*El Juez.* Pues bien: que dejen

Depositado el cadáver  
En esa iglesia de enfrente;  
Que llamen al escribano;  
Que al doctor busquen, y á verle  
Pasaremos al momento.

*El Portero.* ¡Ah señor!

*El Juez.* ¿Qué más sucede,

Vive Dios que estais tan trémulo  
Y asustado! Si supiereis  
Algo de lo sucedido  
Esta noche en esa muerte,  
Declarareis y laus Deo.

Mas ¿á qué mil diablos vienen  
Esas lágrimas ahora?

¿Era el muerto algun pariente  
Vuestro?

*El Portero.* ¡Ay señor, ojalá!

*El Juez.* Concluyamos, pues, imbécil,  
De una vez: que entre la ronda  
O quien quier que le trajere.

*El Portero.* Le trae la vuestra, señor

*El Juez.* Que pase, pues.

*El Portero.* No se atreva  
Ninguno á daros tal nueva.

*El Juez.* Pero ¿qué misterio es este?

Para informarme que un hombre  
Ha muerto por mano alevé,  
Declarar y entablar de ello  
La causa correspondiente,  
¿Qué teme nadie de mí?

¿Porqué no han de osar mis gentes  
Darme noticia del caso

Que á mi juzgado compete?

*El Portero.* Señor, porque es conocido  
Vuestro el muerto.

*El Juez.* Y aunque fuese

Mi mejor amigo, soy  
Juez, y me imponen las leyes  
La de administrarlas justo  
Por más pesar que me cueste.  
Con que decidles que pasen,  
Y el muerto á la iglesia lleven,